

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION:

EN LA

HABANA

80 CENTAVOS

AL MES,

Y EN EL INTERIOR

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

EL NUM. SUELTO

SE VENDE

A 2 REALES FTES.

LA REDACCION

ESTÁ EN

"EL IRIS,"

LIBRERÍA É IMPRENTA,

CALLE DEL OBISPO

NUM. 22.

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

LOS AVISOS

Y LAS

RECLAMACIONES.

LA ADMINISTRACION

ESTÁ EN

EL MISMO ESTABLECIMIENTO



# DON JUNÍPERO.

PERIÓDICO SATÍRICO-JOCOSO CON ABUNDANCIA DE CARICATURAS.

DIRIGIDO POR

VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

## ZIPI-ZAPE.

Nueva York, Marzo 29 de 1864.



OS AUTORES han de hacer hablar de ellos. Es una compensacion por lo mucho que ellos hablan. Representar por costumbre trae la costumbre de representar. Y los malditos cuando son actores, le hacen sentir á uno, si ellos sienten, y cuando son gente—cuando no son actores, quiero decir—ni por esas! Ejemplo:

Rachel, representaba á *Adriana Lecouvreur*, y el público lloraba al verla envenenada. Rachel, se murió y no la lloró sino su familia. Oh! tambien la lloraron inconsolables las hijas de Apolo, porque su única hermana en la tierra habia muerto.

Pues no se trata de Rachel, sino de

otra actriz que no es musa ni muza, aunque suele hacer de mora, en la *Gitana del Trovador*.

Se trata de una contralto.

Una contralto, «Don Junípero,» no es la contrarío ni la contraparte de un contrabajo; algunas veces se casan las voces de una contralto y un contrabajo y resulta una armonía—nada mas.

Una contralto—tú lo sabes—es una mujer cuya voz le sale del estómago.

¿Tú no has oído decir muchas veces que el estómago está *desentonado*, y que es preciso darle *tono* al estómago?

¿No te está diciendo eso á gritos que el estómago tiene voz? La voz del estómago sale por la boca de una contralto.

Los italianos, mas adelantados que nosotros en todo lo del canto, han sabido distinguir entre la voz de garganta, la *voce di petto* y la *voce di ventre*.

Una voz de vientre es una verdadera novedad ó lo seria en el teatro. ¿No es verdad? Pues no lo es: el *basso* tiene *voce di ventre*, el barítono la tiene en las notas bajas, el tenor suele tener esa voz, no importa cuando ni donde, y la *contralto* la tiene siempre. La tal voz es comun.

Un estómago desentonado produce una contralto floja; un estómago en tono da contraltos excelentes.

De donde se infiere por regla de tres que los amargos y los tónicos son indispensables para las contraltos, aunque generalmente sean irritantes (los amargos.)

Parece que un estómago con tono debería ser un barril con órgano y debía dar al vocalista los medios de acompañarse sin necesidad de otro instrumento concertante: *Punch* lo pensó así en 1854; pero entonces no estaba la ciencia tan adelantada.

Un estómago con órgano es.....Vamos á ver.

—¿No has oído tú á un gato quejarse por la madrugada?

—Sí, *Pascual*.

—¿Y por qué se queja?

—Porque tiene dolor de muelas.

—No, señor; esa es la preocupacion vulgar: se queja, porque tiene órgano en el estómago. ¿Y qué tonos, eh!

—Soberbios! si parece gente.

El tono es irritante y en mas de un caso se ha visto una inflamacion de ánimo producido por él.

El caso que te voy á referir es viejo.



han pasado cinco días. Mlle Felicitá Vestvali es contralto. ¡Cuánto tiene de varonil esa *voce di ventre*! ¿No es cierto que una contralto parece siempre un hombre vestido de mujer? Por contraposición, sus papeles son siempre los de hombre: una contralto en las tablas es una mujer vestida de hombre.

Mlle Vestvali, es indudablemente la mas hermosa de los contraltos, Borghi-Mamo inclusa.

Y esto de hermosa me recuerda, como diría Mr. Lincoln, un lance que pasó, sino en Springfield, en cualquiera otra parte.

—¡Qué caballo tan hermoso! dijo uno delante de un ciego.

—¡Qué caballo tan gordo! dijo el ciego.

—¿Y tú cómo lo sabes si no lo ves? le preguntó el que veía.

—Porque, contestó el ciego, no puede haber caballo hermoso si no está gordo.

Aplicando el principio del ciego, no puede haber contralto hermosa si no es grande, y la Vestvali lo es. Vestida de *Orfeo* ha hecho correr á todas las furias infernales, que al cabo son unas cuantas potencias en alianza no santa.

Pues como iba diciendo, Vestvali estaba en el teatro de la Academia de Música de Brooklyn, y (estoy seguro de que tú lo sabes, porque las malas noticias no necesitan de quien las lleve) le dió unas estocadas á dos viejos verdes que se le fueron á las barbas, como suele decirse, aunque la contralto no tiene sino muy buenos bigotes.

Uno de los hombres le puso la mano fraternalmente en el cuerpo y entonces le dió ella una fraterna de que se acordará para toda su vida. Lucrecia no habría hecho otro tanto.

Pero debes saber que la Vestvali en aquel momento no era Lucrecia sino el caballero de *Lagadere*, personaje que tú has conocido en *El Jorobado* de Paul Teval, que lírico-dramatizado en inglés se llama *El Mote del Duque*.

Lucrecia insultada se mató. El caballero de *Lagadere* trató de matar al que lo (la) insultaba. Mi hombre echó á correr, pero ya llevaba la marca de la Vestvali ó del caballero *Lagadere* en un pinchazo, por el sitio de donde le sale la voz á las contraltos-*il ventre*.

Quedaba otro hombre, compañero del anterior que iba corriendo, y *Lagadere* que tú sabes jamás se detuvo en chiquitas, arremetió con el segundo hombre. Él no se esperó á ver venir el toro, corrió también y entonces la reacción hizo desmayar al caballero de *Lagadere*, que ya no era el caballero de *Lagadere*, Mademoiselle Vestvali. Ella tuvo un síncope, y la función de aquella noche una síncope: no hubo ninguna.

¿Cómo podía haberla si la dama que debía hacer de galán estaba enferma con el ultrage? Así se le anunció al público, aunque diciendo solamente que estaba indispuerta ó mal dispuesta.

La guerra del teatro con *Lagadere* y la Vestvali ha hecho olvidar por un momento el teatro de la guerra con el

Sur. Mademoiselle ha publicado un manifiesto como Santa Ana (no la del cielo, sino el de Méjico, que no es santo) diciendo que al verse insultada y sin ninguno de sus tres agentes, hizo salir de entre las bambalinas á aquellos hombres que la injuriaban en «su propia casa.» «La marca que le dejaron en un brazo le durará por mucho tiempo.»

—Luego fué pellizco! exclamarás tú, malicioso *Don*, al leer esto.

—Yo no lo sé; te digo lo que ella dice. En el asunto mas va á costar la mecha que el candil, por el tenor siguiente:

*Lagadere*, ó sea Mademoiselle Vestvali, demanda al hombre que la pellizcó (ya que tú dices que fué pellizco.)

El hombre que la pellizcó demanda á Mademoiselle Vestvali por *assault and battery*. No traduzcas «asalto y batería», aunque estemos en tiempos de guerra, porque no significa tal cosa. Dí mas bien aporreo.

El director del teatro demanda al hombre que le pellizcó á su *Lagadere*, porque á consecuencia del pellizco no hubo función y la empresa dejó de ganar 1500 duros.

El compañero del hombre que pellizcó á *Lagadere* demanda á Mademoiselle Vestvali, porque le dió un susto como nunca lo había él llevado en toda su vida, y lo ha inhabilitado para el servicio militar, á él, que es capitán, ó lo era, de una compañía de milicias. La compañía lo repudia, porque una mujer lo hizo correr. No importa que entonces fuese un *Lagadere*. El dice que fué un hombre, bien hombre y con una espada del tiempo de Felipe de Orleans, regente de Francia.

Te citaré las leyes en la materia.

Para el hombre que pellizcó.

Dice la ley de Partida,  
Que es aquella tan sabida.  
Obra del Alonso el Sabio,  
Que «si hombre diere pellizco,  
Un mordisco,  
U tocamiento de lábio,  
A jembra casta ú honesta,  
En su vida é de su estado,  
Un ducado  
Pagar ha, con mas las cuestras  
E las molestas  
Que ficiere en lo yuzgado.»

*Lagadere* sacará por consiguiente un ducado, que no está mal para quien representa *El Mote del Duque*.

El director de teatro tiene á su favor la ley 5ª, tit. 6ª, Partida 3ª, que dice:

E cómicos é farsantes  
Ganarán lo que mercaren,  
Si villanos non probaren  
Que eran denantes.

Para el hombre del pellizco, sí, que no hay ley de Partida ni de enteras; porque se han acabado los tiempos en que al hombre que le ponía mano á una mujer se le cortaba la mano, que era lo que yo le haría y ellas mandaban.

Al capitán que corrió, déjalo correr. Y á tí, *Don Junípero*, un abrazo muy apretado de tu

Pascual.

## ¡VAYA V. CON DIOS!

—¡Esparavan!

—Sea V. bien venido, señor. ¿Que se le ofrece á V.?

—Decirte que recibí tu epístola, y que no contesté á ella por escrito, porque además de que me reservaba hacerle de palabra, temí que la contestación se estraviara en el correo, como suele acontecer con algunos ejemplares de nuestro periódico.

—Que sea para bien, *D. Junípero*, y quiera Dios que en mi escrito haya acertado con todo lo que dije.

—En una cosa solamente no anduviste muy.....

—¿En cuál de ellas, señor?

—En lo de que el amigo Raya se hallaba en el Circo de Chiarini.....

—¡Ah, señor! ¿Y nada mas? Pues eso no vale la pena. Figúrese V. que así como no es cierta la noticia, según V. dice, pudo muy bien haberlo sido; porque yo no creo que sea nadie tan meticoloso, que porque haya sido empresario lírico ó dramático, se desdigne de serlo de una compañía de acróbatas, siempre que crea ver en los resultados algo de provecho. Yo por mi parte confieso, que, atendida la amistad que profeso al señor Raya, desearia que la noticia que dí á V. fuese cierta, y que en premio de sus desvelos, obtuviese al fin y al postre lo que han obtenido otros empresarios, quizá con menos conocimiento del teclado que el señor Raya.

—Si, pero.....

—Señor, cuando le digo á V. que no son peros sino manzanos.....

—Pues, manzanos ó peros, conviene siempre que se diga la verdad de las cosas.

—Pues mire V. que cuando yo suelto alguna, es mas que de clavo pasado. No diré que esta no estuviese aun sin horadar: me basta la aseveración de V; pero (y aquí sí que son peros y no manzanos) sepa V. que muchas veces no me atrevo á decir: «esta boca es mía» por temor de que haya quien me ataje con un: «miente el bellaco.» Y apropósito de esto, debo decir á V. que hasta ahora no me he atrevido á decir en público una cosa que le toca á V. muy de cerca, porque no me he considerado con las seguridades necesarias para ello. Y cuenta que eso mismo que he tenido la virtud de callar hasta hoy, lo he visto en letras de molde en uno de los periódicos diarios de la capital, dos ó tres veces por lo ménos.

—¿Y que cosa es esa de que no te has atrevido á hablar, siendo así que un periódico lo ha vociferado ya?

—Señor, es que ni ahora mismo me atrevo á ello, mientras V. no me dé su permiso.

—¿Sobre que versa el asunto?

—¡Oh! Si me obliga V. á pronunciar una sola palabra mas.....



—Entonces, ¿cómo es posible que sepa yo ni nadie.....?

—Eso es muy fácil. Otórgueme facultades omnímodas, y verá que pronto se aclara este misterio.

—¡Pues no pides poco, *Esparavan*! ¿Sabes tú lo que son facultades omnímodas?

—¿Acaso serian estas las primeras que se han dado desde nuestro padre Adán hasta la fecha? Además, si yo las pidiera, como muchos, para usar de ellas en perjuicio de sus intereses, comprendo perfectamente toda su reticencia; pero como no las necesito mas que para hablar, y hablar de lo que otros han divulgado con fundamento ó sin él, de ahí el que yo crea que V. no debe tener inconveniente.....

—Siendo así, habla, aunque sea por los codos.

—Pues, señor, á Dios ó á dicha. Sepa V. que el público dice que V. nos abandona, que se va de la isla..... de la isla, si, señor; porque lo que es de la Habana, ya lo ha hecho V. varias veces sin que nadie se haya dado por entendido.....

—Y bien, ¿y qué?

—V. dirá.

—Pues bien: yo digo que es verdad, que me voy. ¿Qué mas?

—Que se dirige V. á los madriles del Rey.

—Tambien es cierto. ¿Qué otra cosa?

—Que va V. segun unos, con el propósito de fundar allí un periódico, y segun otros, con la de entrar en la carrera de ministro.

—¿Y cuál es la carrera de ministro?

—Señor, eso lo sabrá V. mejor que yo que nunca he pretendido serlo.

—Ni yo tampoco. Por lo demás, sábele que por de pronto no llevo mas intencion que la de dar un paseo de verano por mi querida patria.

—¿Un paseo por España! Eso es mas que ir á tomar las aguas de Vichy ó de Bagneres.

—Se entiende.

—Y dígame V. *D. Junípero*: ¿Cuándo piensa el aguaita-caiman levantar el vuelo?

—A fines del corriente mes, *Esparavan*.

—Y aunque parezca indiscreta la pregunta, ¿piensa V. volver pronto?

—Mi deseo es hallarme reunido con mis amigos en la Habana á fines de este año.

Y durante su ausencia, ¿á quién deja V. encargado de este cotarro?

—A nadie, *Esparavan*. Es mi voluntad que se suspendan nuestras tareas con el último número del presente mes que corresponde al domingo 24, y que á uso de corte, se vayan sus redactores á correr la caravana donde mejor les parezca. Ahí les dejo en el Calabazar una magnífica quinta sembrada de mugi-

doras cañas y un rio en que poder zabullir en los ratos de mal humor. Si esto no les basta, pueden dirigirse á Marianao, á las Puentes, á Guanabacoa, ó donde mejor les convenga, seguros de que para ir á cualquier punto hay cien leguas de mal camino. Por lo demás, yo tomaré en su oportunidad las disposiciones necesarias, y todo quedará cual corresponde á la buena reputacion y fama de que ha gozado hasta aquí nuestro semanario.

—¡Ay, señor!

—¿Qué tienes *Esparavan*?

—¿Qué quiere V. que tenga? Que siento en el alma que se vaya, no solo por mí que tengo mas de un motivo para apreciar á V., sino por aquellos infelices á quienes servia V. de amparo, en cuyo nombre suspiro yo como si fuera cosa mia.

—Pero como mi ausencia es temporal.....

—De todos modos, *D. Junípero*. Hay un refran que dice: «Ausencias causan olvidos» y un cantarcito que, si mal no recuerdo, es como sigue:

El que quiera ser amado  
Trabaje por ser presente,  
Que tan pronto fuere ausente,  
Tan pronto será olvidado.

—Siempre me figuré que habias de salir con una de las tuyas.

—Además, *D. Junípero*, si concluye nuestro semanario, ¿quién dará cuenta al público de lo que pase de notable en los teatros de Tacon y Villanueva? Digo: ¡Y ahora nada menos que acaba de ingresar en la compañía que trabaja en el primero de estos coliseos la bailarina *sfogatta* señora Cristina Ruiz! ¿Quién de hoy mas celebrará sus diferentes posiciones coreográficas y contará sus fascinadoras piruetas? ¿Y quién por fin dará razon del entusiasmo público,

Cuando aquella con donaire  
Eche las piernas al aire,  
Y con zandunga y salero  
Revoletée el panderó?

—No faltará, *Esparavan*, no faltará. Precisamente en la *Prensa* del juéves último ya ha dado su localista una muestra de lo que será aquella seccion en lo sucesivo, en la parte que se refiera á la Sra. Ruiz.

—¿Y de nuestra incomparable amiga la Sra. Mur, quien referirá los prodigios?

—No te aflijas por eso: tampoco le faltará á esa distinguida actriz su pagnegirista. Afortunadamente sóbrale, además de su mérito artístico, una incommensurable dosis de gracia para hacerse notable en todas partes.

—Y por fin, señor, á nuestro excelente amigo Ruiz (*D. Joaquin*) ¿quien seguirá endulzándole las quejas?

—El público, *Esparavan*. Ese es su

actor favorito y con esto está dicho todo.

—Pues entonces, *D. Junípero*, quedo hasta cierto punto tranquilo y satisfecho. V. sabe lo mucho, muchísimo que yo quiero á ese artista, y sentiria infinito que durante la ausencia de V...

—En la Habana tiene Ruiz muy buenos amigos, porque él se ha hecho acreedor á la pública estimacion.

—Ah! Se me olvidaba. ¿Y la Señorita Cadenas, á quién la deja V. recomendada?

—Esa, si te parece, puedes acojerla bajo tu amparo.....

—Corriente, señor. Y puesto que todo marchará como V. dice, no agrego una palabra mas. Yo aquí quedo á la vista de lo que ocurra, para contárselo á V. á su regreso. Entre tanto y mientras no llega el dia de la marcha, vaya V. despidiéndose de sus amigos y reciba por mi mediacion, desde ahora para luego, el deseo general del mas feliz viaje.

—Y tú, *Esparavan*. ¿nada me dices de tu cosecha?

—¿Yo, señor, no puedo decir á V. mas, sino que:

¡VAYA V. CON DIOS!

*Esparavan.*

## LOS BIENAVENTURADOS.

Oh! dichoso es el jumento  
Que suelto en el campo vive,  
Y que al regresar recibe  
En la casa el alimento.

Feliz el ocioso cerdo  
Que en el chiquero metido,  
Entre gruñido y gruñido  
Hace vida de hombre cuerdo.

Dichoso el doctor que en ciencias  
Menores ó bien mayores,  
Es decano de doctores,  
Y que ya no hace esperiencias.

Dichoso el guardian severo  
De una muchacha bonita,  
Que así guarda la Rosita  
Como guarda su dinero.

Dichoso el que tiene ingenio  
Y tiene quien se lo cuide,  
Mientras en la Habana reside  
Dando muestra de ser genio.

Dichosa, tú, la heredera  
De un millonario ya viejo,  
Que del balcon al espejo  
Te pasas la vida entera.

Dichoso el de ésta cancion  
Que con ser muy laborioso  
Se pasa la vida ocioso  
Y gana un real por renglon.

*Pascual.*





—Esposa mia, mucho has tardado en volver.  
 —¿Qué quieres, hijo...? Habia un gentío inmenso al rededor de la fonda del Telégrafo, para ver á la Adivina del Ranchuelo, me perdí entre la multitud y gracias á éste caballero que ha tenido la bondad de acompañarme.....



—¿Has visto á la Adivina del Ranchuelo?  
 —Sí, tia.  
 —¿Y qué te ha recetado para tus desvanecimientos?  
 —Un jóven buen mozo, rico y con deseos de casarse.  
 —¿Y en qué botica se encuentra ese medicamento...? porque yo tambien padezco de mareos.





Traidores! Se han puesto cuatro contra uno para hacerme caer.



Exposicion de productos vinícolas.



## ME CASO.

*Apropícuateme, lividinosa.*

Está dicho. Ya encontré mi media naranja, y voy á completar la esfera mas perfecta, que ha de hacer morir de envidia á todos los que tengan ocasion de contemplarla. *Eureka!* repito con el sabio. «La Madre Celestina» me ha conquistado y voy á entregarle mi integridad, no por ambicion de sus polvos, sino vencido por su espiritualismo, por su talento y sobre todo por su hermosura, malignamente disfrazada por «D. Junípero» en las caricaturas que de ella ha publicado.

Ayer recibí una carta de la «Madre» concebida en estos términos: «Cigarron,» amigo: Desde que la desventurada Safo, se arrojó por el salto de Léucade tenemos las mal correspondidas un ejemplo digno de imitar. La farola del Morro de la Habana presenciara mi heroismo amoroso, si antes de 24 horas no te dignas, ídolo mío, prometerme tu mano de esposo. ¡Ah «Cigarron» ingrato! Largo tiempo he resistido el exceso de mi pasión con mas energía que muchos hombres públicos las tentaciones del lucro, y jamas ha salido de mis labios una palabra, ni han lanzado mis ojos una mirada que pudiese hacerte sospechar el fuego que me consumia. Tan duro sacrificio me autoriza hoy para decirte sin rodeos que te amo con todo el ardor de los 60 años y que seré tu esposa ó terminaré mis días de la manera que dejo indicada. Decide «Cigarroncito» mío, pues por razones que sabrás algun día, ya no puede esperar mas tu inconsolable: Celestina.

He transcrito la carta de «Celestina,» y ahora es necesario que sepa el lector que la trajo «Maese Nicodemus,» haciendo una pintura tan patética del estado de la «Madre,» que no he podido menos de resolverme á unirme á la coyunda matrimonial. Figúrese el lector que «Celestina» se habia encerrado en su cuarto desde hace tres días en los cuales se negaba á tomar alimento, lloraba sin cesar, se arrancaba los cabellos, en los accesos de desesperacion, ó hacia estrofas lúgubres si era presa de una tristeza menos hostil cuando «Maese Nicodemus» fué á visitarla y se impuso del estado en que se encontraba. Despues de mucho luchar consiguió el «Maese» que «Celestina» le contase sus penas y la aconsejó, en vista de tanto infortunio, que me escribiese ó procurase tener una entrevista conmigo.

Una y otra cosa se han verificado. De lo que escribió «Celestina» ya tiene el lector noticia: en cuanto á la entrevista ¿cómo poder referir tan conmovedora escena?

Las seis de la mañana serian cuando entramos «Maese» y yo en casa de mi futura, que se hallaba en el mas hermoso desórden que han contemplado ojos humanos. Sus dientes postizos yacian sobre el velador próximo á su

cama: su cabeza despojada de todos los colganderos que la conoceis, se apoyaba en un almohadon, envuelta en un pañuelo blanco: sus brazos como dos látigos reposaban sobre las sábanas que cubrian el resto de su osamenta, no advirtiéndose la menor ondulacion en la superficie de aquel lecho.

Cuando entramos abrió los ojos y lanzando un suspiro traviatesco,

—Al fin! exclamó. He aguardado tanto!!

—Pero ya van á terminar vuestros padecimientos, segun creo, dijo «Maese.» «Cigarron» viene á oír de vuestros labios lo que le habeis dicho en la carta de ayer. La «Madre» trató de hablar pero se le anudaron las palabras, puso los ojos en blanco y apenas pudo hacer un ruido que subió de su estómago por su pecho cavernoso saliendo en forma de ¡ay! por su boca desdentada. Tuvo luego una fuerte convulsion que remediamos rociándole aguardiente de caña en el pecho y al fin exclamó:

—Me ahoga la felicidad.

—Vive, «Celestina,» dije yo, para bien de tus amigos y felicidad de tu «Cigarron.»

—Gracias, generoso, contestó ella, y agarrándome por entrambas orejas me acercó á sus labios, me imprimió un beso en la frente y prosiguió, sacando un papel que estaba debajo de la almohada: Para que veas hasta donde llegaba mi abnegacion y amor por tí, lee.

Aquel papel era su testamento. Me dejaba heredero universal. Sus bienes no están muy repartidos: consisten en una casa en Marianao, muy bonita por cierto, y \$200,000 en el banco español, que ganan el interés de  $\frac{1}{4}$  por ciento cada dos años.

Aquí fuí yo el que estuve á punto de accidentarme.

Quedó determinado el día de la boda y nombrado padrino «Don Junípero,» con una madrina á su eleccion.

Mi resolucion es incontrastable. Lector piadoso: En igualdad de circunstancias ¿no harías tú otro tanto? Ponte la mano sobre el corazón y sino te crees con ánimo para prescindir de tanto amor y de semejante testamento, disculpa á quien es tuyo affino.

*Cigarron.*

## EL PROLETARIO.

Nada hay mas triste que la infancia y pubertad del proletario, ni mayor razon en apoyo de la bondad innata del corazón del hombre que el resultado de su vida social.

Nacido y educado en la miseria, es admirable verle salir del cieno inmundado de la corrupcion cual aromada flor crece pura en el árido arenal.

Sin educacion, y con el ejemplo escandaloso que presenta una sociedad

desmoralizada en todas sus fases, el proletario descuella honrado en su trato, sencillo en sus costumbres, en su profesion inteligente y apreciador por sentimiento de lo justo y verdadero; así, llégase á ver en él virtudes que pasan desapercibidas en la oscuridad de su retiro interin se dan á sus faltas una exagerada publicidad. Pero considerándolas, queridos lectores, relativamente á los medios que contra su voluntad las motivan, ¿qué son para relegar al proletario del rango y consideracion que merece? ¿Qué son para considerarlo fatalmente condenado á la miseria? Cuando hay causas suficientes desgraciadamente para hacerlo criminal, ¿nada dicen sus infinitas virtudes?

Sus virtudes nada dicen para los que no saben apreciarlas, nada, para los que las niegan de una manera absoluta!..... Pero, señores, nosotros invitaremos á los que niegan ó ponen en duda estas virtudes á que nos sigan, á que desciendan de su buena posicion social para ver con nosotros la desgracia del infeliz proletario y poder juzgarla y temer sus estragos terribles. Sí, hombres de la fortuna, seguidnos y en el solitario y nauseabundo rincón de su húmeda, mal sana y estrecha habitacion, ante su familia demacrada por las privaciones, oyendo sus ruegos, su llanto, su agonía desesperada, viendo sus necesidades y el insuficiente producto de su trabajo para satisfacerlas, tal vez vuestro corazón empiece á sentir: y si despues comparais esta dolorosa mansion con la vuestra profusamente embellecida, su falta de alimentacion y el exceso de vuestros caprichos satisfechos, su mísero salario y vuestra riqueza inmensa, es posible conozcais que existe un vicio orgánico en nuestro orden social capaz de destruir las mejores condiciones morales..... Probaremos esta terrible verdad con solo presentar su historia, tal cual la pinta un excelente escritor contemporáneo:

Es un niño, inocente ser cuyas dulces facciones inspiran compasion y amor; hijo de un trabajador virtuoso que le ama entrañablemente, y que á la sombra paterna crece cual débil planta destinada á perecer al rudo soplo de encontrados aquilones, pero que á su edad lo ignora, satisface las cortas necesidades de niño, y en la ignorancia de mayores dichas y peligros, deslízase tranquilos días sin que nada turbe su infantil contento.

¡Feliz y corto espacio! que fina á los baños para que una graduacion de series sucesivas vaya caracterizando al hombre en sus mil diferentes fases y condiciones.

Cuando el niño llega á esta edad, sabe el padre que no le deja á su muerte otro patrimonio que el trabajo y empieza á cultivar su inteligencia por medio de la primera enseñanza, que aunque gratuita, no á todos les es dado aprovecharse de ella, pues cuando no les falta los libros, les falta el vestido ó los zapatos.



El proletario al educar sus hijos lo hace con el doble fin de que á la vejez puedan ayudarle á subsistir, el trabajo de estos es el único premio de su trabajo y este solo hecho explica el que les obliguen tempranamente á adoptar un oficio sea ó no de su gusto, si dá prontos resultados.

Apénas el niño ha llegado á los ocho ó diez años cuando se le encierra en lóbregos talleres, en vano su imaginación y cortas fuerzas se oponen al brusco trato de los obradores, donde se le imponen los trabajos mas despreciables como limpieza y mandados, y en cuya ocupación pasa los primeros años de aprendizaje.

Pero si á los seis años por una de esas desgracias probables pierde el padre, arrebatado por una muerte temprana, las mas veces desgraciada, ¿qué sucede? Que su pobre madre á quien falta el jornal del esposo, no puede alimentarlo y en vano busca recursos para satisfacer el hambre; el campo donde ha de recogerlos es estéril y rara vez llega la infeliz á encontrar otra cosa que una explotación criminal de sus fuerzas y la amargura del desengaño.

Una completa postración moral, el abandono estoico del que ha cumplido un gran deber sin resultado, del que ha luchado sin cesar y siente aniquiladas sus fuerzas para continuar combatiendo, el indiferentismo que hiela todo sentimiento, se sucede; la madre si ya no huye de sus hijos, tampoco estraña la miseria que los corrompe; si no la satisface lo presente, tampoco el porvenir la aqueja.

Cuando ha llegado á este estado, el destino está resuelto y rara vez deja de ser funesto.

Es preciso vivir y para vivir es necesario alimentarse, vestirse y habitar bajo un techo, pero todo esto falta y la lucha empieza no ya con la escasez sino con la muerte: la madre lava y el hijo la sigue al río, ó vende arena (vamos pintando en parte las costumbres de otros países) ó recoge leña en los derribos, ó asaltan las seras del carbon si han de encender el fuego para hacer de comer: ó no lava, le falta crédito bastante para obtener ropa, y la aflicción llega á ser decisiva y desesperada hasta recibir de su hijo ofrendas de dudoso origen; de su hijo inocente y candoroso ser, pocos años antes, y ahora muchacho pálido, vivo y de suspicaz mirada en cuyos movimientos, juegos y palabras, hay una mezcla especie de verdad y engaño, de franqueza y de recelo, de candidez y astucia: es que se transforma la criatura de Dios, buena y perfectible, para ser el hijo desheredado y vengativo de la sociedad.

Al quedar sin padre nadie se acordó del huérfano, pero creció abandonado é impelido por la necesidad de existir y entra ignorándolo él mismo en la carrera del crimen.

Viviendo al acaso, sin ocupación de ningún género, y acosado por el hambre ante abundantes puestos de escitadoras viandas, de doradas frutas, ante

la perspectiva del que compra y consume ¿qué estraño es se despierte en él el deseo de adquirir? El hambre le devora y con el instinto de un sabueso, frecuenta los sitios donde puede satisfacerla; y ¿cuántas veces le vemos alreedor de un grupo de personas que comen, para arrojarle sobre las sobras! ¿ois? ¿sobre las sobras!.....

Y aun así, apesar de tantos sufrimientos, no podemos menos de admirar su buena condición nativa, prefiere estas sobras mezquinas al rico manjar hurtado, y solo roba cuando no le queda otro recurso entre la muerte ó éste; la muerte! es una quimera en la que nunca piensa, sufre el calor, el frío, la miseria y el desprecio; pero su cuerpo endurecido no flaquea y su alma llega á acercarse al trato inicuo de la sociedad; su razón se desarrolla subversivamente y le presenta cuadros comparativos que crean el odio hácia el hombre hasta la crueldad.....

Hé ahí ligeramente apuntado, señores, el primer período de su vida hasta los diez y ocho años: durante él, no tiene el proletario en prosperidad otra fortuna que el encierro y un trabajo escesivo impuesto á su inclinación; pero en la adversidad es diferente, tiene la libertad del que vive sin familia, sin casa, sin fortuna; respira el aire libre, se dirige á donde quiere, y se ama lo bastante para no admitir la muerte civil que la sociedad le regala en un establecimiento de beneficencia. Su vida agitada llega á serle buena, admite el reto que se le hace y el combate dura lo que él vive, unas veces vencedor, otras vencido, hiere á la sociedad en sus hijos y la sociedad lo hiere en sus cárceles ó cadalsos.

Sixto

### UN SUSPIRO.

Melancólico suspiro,  
Pura emanación del alma,  
Espresión de mis dolores  
¡Ay! que el corazón exhala.

Vuela en alas de la brisa  
A los labios de mi amada,  
Y en ellos posa un momento  
Y en su aroma te embriaga.

Recoje su aliento puro,  
Aun mas que la luz del alba,  
Y de sus ojos de fuego  
Las penetrantes miradas.

Mi triste pesar le pinta,  
El fuego que el pecho abrasa,  
Y dí, que apagar no pueden  
Mi amor, ausencia y distancia.

En tí de amor dulce queja  
Envío á mi bella ingrata,  
Porque un supiro de amores  
Es una queja del alma.

Melancólico suspiro,  
Vuela á mi querida patria,  
Que en ella habita la hermosa  
Que el corazón idolatra.

Mario.

### DE COMO SE CASÓ MI PUPILERA.

Doña Ignacia es una viuda de buena cosecha, como diría el editor de la parte agrícola de *El Porvenir*. Está muy florida todavía, aun cuando se pone su papalina con cintas negras y no se la quitaría por nada en el mundo, en señal de viudez. Su rostro echa sangre, según la espresión del Doctor que suele visitarla. Yo la llamo gorda, aun cuando ella no confiese sino que es llena de carnes. El hombre que vive en el segundo piso y á ocasiones tropieza con ella en la escalera, dice que doña Ignacia es un botijón; pero ese hombre es muy poco galante. Ella es gorda y está dicho todo.

Pero tiene un flaco: le gustan los hombres solteros.

No quiero levantar contra mi patrona ni una sombra de escándalo. Líbrenme de ello las sombras de Lucrecia y Santa Ursula! Digo que le gustan mucho los hombres solteros, para huéspedes, porque como ella dice con mucha razón, son mas manuales, mientras que los hombres dobles, es decir, los casados, se hallan bajo la guarda de sus otras mitades y no son manuales.

El capricho de doña Ignacia por los hombres sin protección ha recibido un golpe reciente, en la admisión de un matrimonio en el seno de su familia ó sea en el segundo piso de la casa de huéspedes.

Cuando doña Ignacia tiene cuartos vacíos, aparece un cartoncito anunciándolo en la ventana de la sala.

Entra un caballero y le sale á recibir una Bartola, con la casa sin lavar, un delantal lo mismo y unos brazos tan colorados como el rostro de la señora patrona.

—Entre V., siéntese V., aguarde V. Avisaré á la dueña.

Antes que avise á la dueña, la dueña se presenta saliendo detras de la puerta, con toda la gravedad de una papalina de luto.

—Los cuartos son para solteros, caballero.

Si el solicitante es casado, se avergüenza ante aquella cincuentona castidad y sale haciendo cortesías y diciendo:—Perdone V., yo tengo una mujercita.

Pero si su buena estrella quiso que fuese soltero, lo anuncia con cierto garbo, cual si lo tuviese á mucho honor y entran en trato el soltero y mi patrona.

Hace no mucho tiempo que se presentó uno de los escogidos. Doña Ignacia le abrió de par en par las puertas de la sala y le enseñó el dormitorio, cubierto con una alegre imitación de alfombra de Bruselas, sillas y sofá con su competente autimacasar, cortinas con Cupidos pintados y un conjunto de adornos bastantes para tentar á un soltero débil.

—Muy bien, dijo el caballero, que llevaba peluca colorada y espejuelos verdes, sombrero de copa baja y boti-



nes de piel sin curtir; un original en todos conceptos.

—Detrás, en la recámara hay una.... cama, dijo Doña Ignacia, poniéndose casi colorada, aunque á través de su cara de tomate difícilmente podría verse un rojo mas encendido. Bartola, enséñale la alcoba al caballero.

Doña Ignacia no habia nunca intentado enseñarla por sí misma.

—Está muy bien, dijo el caballero luego que examinó la alcoba: ¿el cuarto vale?

Esta pregunta jamás recibia contestacion directa. La patrona hacia cincuenta observaciones intermedias antes de contestar: observaciones sobre la plata (plaqué), las sábanas (de algodón), el servicio (Bartola), el fuego (4 reales por semana), el barniz de las botas (muy dudoso), etc. Sumadas todas las partidas, el alquiler subia á quince duros por semana, sin comida. Doña Ignacia no dá comida á sus huéspedes desde que empezó la guerra.

—Muy bien, los tomo, dijo el caballero enamorado de los cuartos.

Aquí fué lo de aclararse el pecho, sonreirse Doña Ignacia y pedir «referencias.»

—Yo no las uso nunca, contestó el de los espejuelos verdes; pero si es lo mismo para Vd. aquí tiene treinta duros adelantados.

Y sacó un rollo de billetes con la vera efigie de Mr. Lincoln.

Qué mas queria D<sup>a</sup> Ignacia? Qué mejor «referencia» que la de Mr. Lincoln.

El hombre de la peluca colorada y las antiparras verdes vino á casa aquella misma noche. Dijo que se llamaba «Mr. Horne,» á secas. No trajo mas equipaje que un modesto saco de noche y se hizo servir del vecino restaurant lo que Doña Ignacia llamaba una «elegante comida,» que incluía dos botellas de tapa larga y unas palomas bautizadas por el proveedor con el nombre de perdices. Pagó en el acto y le dió al criado un plus bastante regular. La patrona que lo atisbaba por el agujero de la cerradura, dijo que tenia una joya de pupilo y no sentia sino haberle pedido 15 duros en lugar de 20 que él habria pagado sin dificultad.

El huésped era un hombre raro: no salia sino de noche, aunque en todo lo demás parecia gozar y darse gusto con mano generosa. Comia como un príncipe y bebia como un lord, y á veces acababa como un inglés—lord ó no lord—debajo de la mesa. Su *drink* favorito era brandy con agua, pero muy caliente y muy cargado.

Doña Ignacia era viuda desamparada y Mr. Horne soltero solitario. Nadie lo visitaba y habia dado la órden de decir que él no vivia allí. La patrona tenia naturalmente que verlo muy amenudo para asuntos domésticos y él le ofrecia siempre asiento y se mostraba tan amable con ella que muchas veces se admiraba de ver cómo se le pasaban las horas de tertulia con el hombre de los anteojos verdes. *Finalizad.*

## JUNIPERADAS.

—Dónde hubiste ese sombrero, chino?

—Lo pedí prestado.

—¿Prestado?

—Sí; me lo prestó un hombre que se quedó dormido en la Plaza de Armas. A Hony Sing le prestó la chaqueta, á Ching-Kan los zapatos y á mí el sombrero.

—Niña, me quiere V. hacer tonto?

—No, contestó la cubana, porque la naturaleza me ha ahorrado ese trabajo.

La fiebre de la guerra se les convierete á muchos en calenturas de frio.

Es imposible ver á los que se duermen en el sermón sin pensar en que el domingo es día de descanso.

Al feo no le queda mas recurso que ahorcarse ó hacer ostentacion de su fealdad.

La guerra es una lotería en que todos sacan.....la espada.

Brindis.—A los héroes que combatieron y murieron en la batalla de Bull Run, de los cuales yo soy uno.

Las cuentas corrientes arrastran consigo los capitales, como las aguas corrientes arrastran las flores que nacen á sus orillas.

Hay hombres que cuando tienen seco el gáznate no sirven absolutamente; para servir de algo necesitan, como la oblea, de un poco de humedad.

Ningun secreto escapará á esta regla: «No se lo confíes á los jóvenes; porque tina nueva tiene grietas; ni á los viejos, porque puerta gastada no cierra bien.»

Por mas repugnante que nos parezca un hombre, cambia de aspecto en el momento en que lo necesitamos.

¿Vá de veras ó de broma? preguntó uno á quien le dieron en la cara.

Muy de veras, contestó el que le dió.

Pues me alegro, dijo filosóficamente el agraciado, por que á mi no me gustan bromas.

El zapatero de Sevilla hizo tantos zapatos en un día, que empleó dos para contarlos; y el albañil de Soria hizo junto á su corral en un solo día una pared tan larga que empleó tres para volver á su casa.

Un yankee ha inventado el remedio para no roncar. Aviso á los casados. Consiste en una trompeta que se pone con lo ancho para la boca y la boquilla en el oído: en el momento de empezar á roncar, el individuo se despierta á sí mismo con el ruido.

Un guagiro enseñaba á otro su sombrero nuevo que tenia en la copa un espejito.

—¿Y ese espejito pa que es compae?

—Hombre, compae, será pa ver cuan el sombrero me quea bien.

Una solterona tiene sobrinos que la quieren, gatos que le hagan cariño, y acaso una amiga que le ponga la palma cuando se muera. Un solteron Dios lo perdone, es un perro flaco, sarnoso y solo en el mundo.

Un cortesano de Jorge I., le decia que S. M. gustaba de las mujeres gordas y de las ostras malas. Tú cambias los adjetivos por complacerme, le contestó el rey.

Y V. M. reforma la gramática, replicó el cortesano.

Al partir para la China nuestro distinguido amigo D. Gerónimo Sagüés ha dejado para sus numerosos amigos una despedida con las sentidas frases siguientes:



Nosotros, y podemos asegurar tambien que la poblacion entera, nos asociamos á tan bellos sentimientos.

## LA DEMOCRACIA.

Con este título y bajo la entendida direccion del popular escritor D. Emilio Castelar, se publica en Madrid un periódico muy digno en todos conceptos de ser favorecido por el público de la Isla de Cuba.

El nombre del Sr. Castelar, tan conocido entre nosotros, es suficiente garantía para que recomendemos á nuestros lectores la citada publicacion cuya agencia en esta Isla está en la libreria de los Sres. Charlain y Fernandez, calle del Obispo.

## BAILE DE TEMPORADA.

El sábado de la próxima semana, varios jóvenes, adeptos de Terpsicore, darán un espléndido baile en Jesus del Monte, el cual promete ser de lo mas selecto, segun informes fidedignos que le han dado á «D. Junípero» personas interesadas y de reconocido gusto.

HABANA: LIBRERÍA É IMPRENTA «EL IRIS,» OBISPO 22